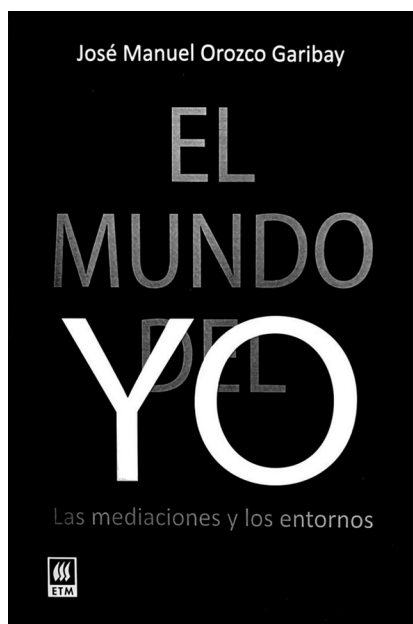


El mundo del yo: Las mediaciones y los entornos, de José Manuel Orozco Garibay

Alejandro Ordieres Sieres

Instituto Tecnológico Autónomo de México



Orozco Garibay, José Manuel. *El mundo del yo: Las mediaciones y los entornos*. Ciudad de México: Editores de Textos Mexicanos, 2023.

El texto que ahora reseñamos se enfoca en el yo, un tema central y recurrente en el pensamiento occidental, al lado de la naturaleza de la realidad y la esencia del conocimiento. El yo, como la entidad que posee conciencia de sí misma, es el punto de partida desde el cual los seres humanos experimentan el mundo; también toca aspectos ontológicos, epistemológicos, psicológicos y éticos, haciendo de su estudio un desafío complejo y multifacético, que el autor confronta desde la conciencia que tiene de sí mismo, pero que no consiste en ser en sí mismo sin más, sino que existe de manera fracturada, en lucha con el sí y el no de su ser.

La unidad del yo: ontología y autoconciencia

Para nuestro autor, el yo se presenta, en primera instancia, como una uni-



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

doi: 10.48102/rd.f.v58i160.429

dad consigo misma. Esta unidad, de acuerdo al texto, no depende de la presencia de otros *yoes* para su autoco-nocimiento. El yo se sabe a sí mismo simplemente porque es, y esta auto-conciencia ontológica le permite afir-mar su existencia en todo momento. Sin embargo, el saber de sí mismo no es equivalente a ser uno consigo mis-mo, lo que introduce una importante distinción entre la conciencia episte-mológica y la existencia ontológica. El doctor Orozco no cuestiona la unidad del ser del yo que es en sí mismo, pero aclara, a lo largo de todo el texto, que esta unidad no es armonía natural, sino lucha constante, que requiere de la mediación para lograr armonía, pues el conflicto está siempre tocando la puerta del yo, un conflicto que nun-ca es superado.

Esta dualidad entre ser y saber de sí mismo se manifiesta en estados de aliena-ción o locura, donde el yo puede perder la claridad de su autoconciencia sin de-jar de ser, ontológicamente, una unidad. El análisis nos invita a considerar el yo no sólo como un ente consciente, sino como una entidad cuya existencia no depende exclusivamente de su autoper-cepción consciente.

No se trata de la dualidad cartesiana que entrona al yo como punto de par-tida de su filosofía, separándolo de su realidad corpórea y, con ello, del mundo que lo rodea. Para el autor, el yo se desa-rrolla en entornos. El mundo del yo es el entorno en donde el yo es y existe o, mejor dicho, es la serie de entornos que se entrecruzan unos con otros y en los cuales interactúa el yo. El mismo mun-do existe fragmentado pues existen tan-tos mundos como entornos son vividos.

El mundo del yo y su entorno

El mundo es el yo en el entorno, en lo que me rodea. El mundo no es una realidad homogénea y única, sino una colección de entornos que el yo habita y experimenta de manera subjetiva. El yo se relaciona con su entorno, uno que no es fijo ni uniforme, sino que se presenta como una serie de mundos posibles que el yo habita y modifica. De esta manera, la idea del *mundo* es, en realidad, una suma de entornos subjetivos, donde cada yo vive su pro-pia experiencia de la realidad. Esta relatividad del entorno implica que el mundo no es una única realidad obje-tiva, sino una multiplicidad de expe-riencias que coexisten en un universo

fragmentado, a pesar de su unidad ontológica.

La capacidad del yo para modificar su entorno está directamente ligada a su búsqueda de armonía. No obstante, el entorno también puede imponer limitaciones, lo que genera una dualidad en el ser del yo: el yo que puede modificar y el yo que no puede. Esta dualidad se refleja en la constante tensión entre la consonancia y la disonancia que experimenta el yo en su intento de alcanzar una plena armonía en su entorno.

Dualidad del ser del yo

Así pues, el mundo no es una realidad única y homogénea, sino la suma de entornos en los que el yo habita y que pueden ser modificados o experimentados de manera subjetiva. Estos entornos son tanto físicos como emocionales, y pueden ser abiertos, si se viven en el presente y es posible modificarlos al interactuar con ellos; o cerrados, si están ligados a la memoria y la imaginación.

La constante búsqueda del yo por la armonía en su entorno se presenta como una lucha interminable, ya que siempre habrá elementos disonantes

que rompan esa plenitud. El yo desea vivir en su entorno en consonancia afectiva y armonía, pero no siempre puede modificar su entorno y, por ello, puede sufrir rupturas. El entorno emerge no sólo como un espacio físico, sino como un conjunto de códigos y reglas que determinan las posibilidades del yo. Estos códigos son exógenos y varían de un entorno a otro, lo que obliga al yo a adaptarse continuamente. Esta adaptación es esencial para que el yo realice sus potencias y se desarrolle plenamente. Sin embargo, cuando el entorno es hostil o inmodificable, el yo puede experimentar un sentimiento de extrañamiento, un alejamiento de su propia esencia.

Este sentimiento es acentuado por la presencia de *enemigos*, aquellos que niegan la existencia del yo o impiden su desarrollo. El autor contrasta a los enemigos con los amigos, quienes ayudan al yo a modificar su entorno y lo apoyan en la construcción de su mundo.

Mediación y relación con los otros

La interacción del yo con otros *yoes* se da a través del proceso de mediación, en el cual el yo se transforma a través del

encuentro con el otro, enriqueciendo o empobreciendo su ser. Aquí, el texto distingue entre la mediación amistosa, que fortalece al yo y facilita la modificación conjunta del entorno, y la mediación “enemistosa”, que obstaculiza esta modificación y genera conflictos.

El texto también sugiere que todos somos, en algún grado, amigos y enemigos de nosotros mismos y de los demás. Esta ambigüedad en las relaciones humanas refleja la complejidad del ser del yo y su constante negociación entre el sí y el no, entre la afirmación y la negación.

El yo existe en dualidad. El ser del yo está fracturado; no es una unidad sólida e inmutable. Esta fractura se manifiesta en la dualidad del ser del yo, expresada en afirmaciones y negaciones del ser del otro. El yo es simultáneamente afirmado y negado por el otro, lo que lleva a una constante oscilación entre la afirmación de su identidad y su negación.

Orozco propone que no existen los valores absolutos, sino que éstos están sujetos a la misma dualidad que caracteriza al ser del yo. Los valores y no valores son, en esencia, reflejos de esta fractura interna, donde el bien y el mal

coexisten y se alternan, según el contexto y la relación del yo con los otros. La capacidad del yo para aceptar estas limitaciones es crucial para su bienestar. Orozco sugiere que el verdadero desafío del yo es encontrar una armonía con su entorno, a pesar de las inevitables disonancias.

La muerte y el deseo

El texto también explora la relación del yo con la muerte y el deseo. Orozco señala que la conciencia de la muerte y la finitud del yo influyen en sus deseos y en su forma de relacionarse con el mundo. La muerte del yo es la extinción radical de su ser en el mundo. La muerte no sólo implica la desaparición física, sino también la clausura definitiva de cualquier entorno posible para el yo. El cuerpo muerto se convierte en un objeto, un “resto”, mientras que el yo ya no es nada.

Para el doctor Orozco, la muerte no es sólo el fin, sino un proceso continuo de transición entre estados del ser, que afecta también cómo el yo valora su existencia y la de los demás. En este punto, introduce el concepto de *flujo* como un movimiento constante del deseo del yo. El deseo, afirma

el autor siguiendo a Lévinas, es algo que nunca se satisface por completo y siempre remite a lo que falta. Este flujo del deseo impulsa al yo a buscar constantemente nuevas experiencias, aunque nunca logra una satisfacción plena. El deseo del yo no se satisface del todo, lo que genera frustración. Esta última surge porque la demanda dirigida al otro nunca se cumple en su totalidad, lo que revela la naturaleza ilusoria de muchas de nuestras experiencias y expectativas.

En su proyección hacia el futuro, el yo interactúa con su entorno abierto de expresión, donde se manifiesta y se da sentido al mundo. Este entorno no depende del yo, pero debe dotarlo de sentido, ya que aquí es donde el yo es y está, tanto en su cuerpo inmediato como en relación con otros. El futuro está condicionado por la coherencia entre su pasado y su presente. Este flujo puede ser interrumpido, al causar la muerte en vida, o puede ser cortado: el yo se pierde y se siente incompleto pues no puede realizarse, no puede seguir buscando sus deseos.

También puede encontrar la extinción radical de su ser en el mundo en la muerte. La muerte implica la

desaparición física, así como la clausura definitiva de cualquier entorno posible para el yo. El cuerpo muerto se convierte en un objeto, un resto, mientras el yo ya no es nada.

Ser en el cuerpo y el deseo

José Manuel Orozco examina cómo el yo transgrede no sólo su propio cuerpo, sino también la relación con el cuerpo del otro. La transgresión del cuerpo puede ocurrir de múltiples maneras, desde la violación de reglas personales de salud hasta la invasión del cuerpo del otro sin su consentimiento. Este análisis subraya la importancia del respeto por el cuerpo del otro como una expresión de su ser, y cómo la falta de dicho respeto lleva a una negación profunda de la humanidad del otro.

El ser del yo está intrínsecamente ligado a su cuerpo, que actúa como el vehículo de su estar en el mundo. El cuerpo del yo es a la vez una limitación y una fuente de alienación, siempre está atrapado dentro de las barreras físicas y las necesidades corporales. El deseo, en este contexto, es un impulso que a menudo enfrenta la frustración, porque los cuerpos no pueden fusionarse ni compartir

del todo las experiencias internas del otro.

Orozco parece señalar a la noción del *cuerpo* como punto central de la diferencia y la otredad. La ley del otro implica que su cuerpo, aunque visible, permanece fuera del alcance completo del yo, estableciendo una barrera insalvable. El cuerpo del otro es percibido en momentos parciales (un saludo, una conversación), pero su plena vivencia queda fuera del alcance del yo. Esta imposibilidad de fusión perfecta evidencia que cada cuerpo ocupa un espacio propio, lo que determina la radical otredad del otro. Esta distancia inevitable sostiene tanto el deseo como la frustración: el otro es deseado precisamente porque no está siempre presente.

Del ser en el cuerpo, del estar y el deseo

En esta parte, Orozco aborda la relación entre el cuerpo y la identidad del yo. El ser del yo se realiza al estar dentro del cuerpo y el entorno que habita, configurando una experiencia dual de presencia y alienación. Aunque el yo es su cuerpo, éste siempre se presenta como algo ajeno en la proximidad: el cuerpo experimenta necesidades y pro-

cesos internos que no siempre se comprenden. Esta alienación del yo con su cuerpo se refleja en la vejez, cuando el cuerpo limita la libertad y se convierte en un obstáculo que atrapa al ser.

El deseo, según Orozco, aparece como una forma de relacionarse con el otro cuerpo, pero destinada al fracaso. El cuerpo del otro no puede ser poseído ni comprendido en su totalidad, lo que genera frustración en las relaciones. La imposibilidad de experimentar plenamente al otro, incluso en la intimidad, deja al yo en una soledad inevitable, ya que cada cuerpo es una entidad autónoma que nunca puede fusionarse con otra. Esta experiencia se extiende a la muerte: el cuerpo es el único lugar en el que existe el yo, y su desaparición implica la extinción total del ser.

Así pues, el cuerpo es la base existencial del yo, pero también una fuente de alienación. El yo experimenta su ser dentro del cuerpo, condicionado por sus limitaciones físicas, como el tamaño, la edad o las necesidades. La alienación del yo radica en que, aunque es su cuerpo, éste lo confronta con necesidades que no puede controlar. Por tanto, el yo vive en una dualidad

constante entre su deseo de libertad y la realidad limitante del cuerpo.

El deseo es central en la estructura del yo. El autor lo presenta como una carencia que busca ser llenada mediante la interacción con otros. Sin embargo, este deseo está destinado a la frustración, ya que el yo no puede poseer al otro ni satisfacer plenamente sus expectativas. El deseo actúa como una fuerza que impulsa al yo a salir de sí mismo, en busca de la afirmación del otro, pero constantemente se enfrenta a un “no”.

En la relación con el otro surge la verdad. La verdad, según Orozco, no es sólo una correspondencia entre pensamiento y realidad, sino una forma de afirmación del yo en su relación con el otro. La mediación verdadera ocurre cuando el yo afirma al otro en su ser, respetando su identidad y autonomía. Por otro lado, la negación del ser del otro, mediante la mentira o la falta de reconocimiento, destruye esta mediación.

Nuestro autor revisa asimismo la justicia más allá de la noción clásica de dar a cada uno lo que le corresponde. La justicia implica reconocer las necesidades y esfuerzos del otro, afirmán-

dolo en su ser. Critica la meritocracia moderna, al señalar que promueve una desigualdad basada en estándares arbitrarios que no siempre corresponden a las verdaderas necesidades de las personas.

El encuentro con el otro es conflictivo pues la convivencia auténtica no implica una unión perfecta, sino la capacidad de soportar las diferencias y encontrar momentos de convivencia en medio de la divergencia. El deseo de un amor eterno es una ilusión, las relaciones humanas se sostienen por episodios aislados de entendimiento y colaboración. La amistad se presenta como una de las formas más puras de mediación, en la cual el yo y el otro se afirman mutuamente sin buscar control o posesión. La amistad, al igual que el amor, implica aceptar las diferencias del otro, creando un espacio compartido donde ambos pueden ser plenamente. Estas relaciones están constantemente bajo el riesgo de perderse debido a la divergencia natural entre los seres humanos.

El doctor José Manuel Orozco concluye su obra con una reflexión sobre la complejidad de las relaciones humanas y la imposibilidad de alcanzar

una unidad total entre el yo y el otro. El yo está fracturado, siempre oscilando entre la afirmación y la negación de sí mismo y del otro. La vida, en su visión, es un proceso continuo de mediación en donde el yo debe aprender a navegar entre valores y no valores, construyendo y deconstruyendo constantemente su identidad en relación con los demás. Un *fort-da* continuo, infinito, que cataloga la vida humana como una fractura irreparable o, mejor dicho, que al repararse vuelve a fracturarse.